

# La escritura de la historia como gestión de la identidad: perspectiva de género<sup>1</sup>

Dra. Lilia Granillo Vázquez •

(Ángel): Pues ella dice...

(El Señor): ¡Nada! Dile que no está registrada. O se equivocó de nombre, o se equivocó de año o se equivocó de cielo. Y no dejes que te llore. Las mujeres siempre lloran cuando no consiguen lo que quieren; lloran o rezan o ruegan o se sacan un himen falso de alguna parte para comprobar que son vírgenes y, por lo tanto, mártires. Nada. Si se resiste, le pides su genealogía. Las mujeres jamás pueden trazar su genealogía más allá de dos generaciones. Dile que no admitimos santas sin genealogías.

(Domecq, 1998:6)

## Ocupar nuestro espacio público, estrategia de supervivencia.

Reflexionar acerca de la historia de las mujeres de América Latina pudiera parecer una tarea ociosa, de *burguesas* y *diletantes*, en vista de los grandes problemas sociales que se abalanzan sobre esa región geoeconómica. Estamos ya en el tercer milenio y pese a que por ahí corretea la segunda generación tras la píldora anticonceptiva, una tendencia cultural conservadora y miope todavía coloca a las jóvenes mexicanas en la disyuntiva de morir por abortos mal practicados o -mismo riesgo existencia - ser madres adolescentes. El 30% de las menores de 18 años inician la vida sexual hacia los 13 años, a ciegas con raquítica educación sexual y ningún tipo de medidas anticonceptivas. Hace ya más de medio siglo que la Constitución consigna la igualdad jurídica, pero lo que impera es la desigualdad social. Las mexicanas somos el 34% de la población económicamente activa (PEA) del país, trabajamos el 67% de

---

<sup>1</sup> Investigación 282 registrada ante CSH—UAM, “Historia documental de las mujeres en Iberoamérica”, parte de este artículo fue escrito tras impartir una cátedra del mismo título, invitada por Cinta Canterla y Rosario Valpuesta al Doctorado en Investigaciones Feministas, “Estrategias del poder político: género, raza y violencia”. Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, marzo de 2001.

\* Profesora investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana—Azcapotzalco (Ciudad de México). Doctora en letras por la UNAM, y en Historia de América (Universidad de Salamanca, España).

las horas laborables, y somos el 52% del electorado. Sin embargo, poseemos solamente el 1% de los bienes. Nuestro género apenas alcanza el 10% de la representación política, pese a las políticas públicas que establecieron las cuotas de género para la igualdad de oportunidades. Las penas legales se multiplican por cuatro o por seis solamente por el hecho de ser mujer. En julio de 2003, la Organización Mundial de la Salud clasificó al país como uno de los más violentos para las mujeres. Nuestra cultura nos coloca en riesgos mayores que a los mexicanos: el machismo como tradición cultural, insiste en el sometimiento femenino logrado a costa del predominio masculino.

Había calma forzada, tranquila, fingida. Eras el miedo, papá, y ya venías. Tus hijos asustados sintieron tus pasos mucho antes de que abrieras la puerta y fueron a esconderse a sus guaridas, debajo de una cama, en un rincón de la cocina, atrás de un árbol en el huerto. Por eso al entrar no viste nada raro; siempre era así, el huracán tenía el campo desierto, nadie quería torear el estadillo: “¿qué hay de comer? ¿No fueron por pan o por manteca? ¿Más atole de ayer? hembras malditas, inútiles”. Dos noches sí, una no, tres sí, aquellos golpes a todos, aquellos chillidos de rata de mi madre con la cara sangrante o un brazo lastimado... (Olalde, 1999:18)

A pesar de convenciones y tratados contra la discriminación de la mujer (CEDAW/ONU: 1992), de la creación del Instituto Nacional de las Mujeres (2000) continúan la feminización de la pobreza, la prostitución alevosa de la infancia, y el feminicidio<sup>2</sup>. En contraste, se da la feminización de las universidades: a estudiar en las aulas universitarias acuden más mujeres que hombres; más mujeres concluyen los ciclos educativos y obtienen los grados académicos; más ellas que ellos optan por seguir la carrera académica y conseguir doctorados y cátedras, honores secularmente reservados a los varones. Existe una situación polarizada que alimenta la desigualdad de género. En *Mujeres latinoamericanas en cifras*, (Martínez 1995: 53) se advierte la “estratificación socioeducativa de marcado carácter piramidal”, pues más del 60% de la población no ha superado los estudios primarios y en el interior de este bloque, cerca del 15% declara no poseer instrucción alguna; en torno al 26% ha accedido a la secundaria sin superarla y alrededor del 14% han cursado estudios superiores. Cerca del 63% de las mujeres no consigue superar la primaria, mientras esa cifra es del 56% en el caso de los hombres; en contraste el 10% de las mujeres que estudia alcanza a com-

---

<sup>2</sup> Doy testimonio de que en 2002, en la Academia Nacional de la Mujer, dispusimos unas jornadas para estudiar el feminicidio como cultura, Vg., los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, y recibimos de propias y extraños palmaditas en la espalda y serias reconveniones para que nos “alejáramos de esos temas, pues corren peligro ustedes y además, matan solamente a las putas”. No hemos podido abrir una filial de la Academia en Ciudad Juárez.

pletar la universidad<sup>3</sup>; y un 18% de los varones llega a los estudios superiores. Es decir que nuestras bisabuelas rompieron el bloqueo, y las biznietas en poco más de un siglo –a decir verdad desde la década de 1970— ocupan el espacio progresivamente, con indicadores hacia la equidad. ¿Será cierto?

Coexiste una de las proporciones más altas de población que no supera la primaria, con aquella otra que –en la región—es de las más elevadas en cuanto a población que accede a los estudios universitarios. La base femenina de la pirámide se vuelve visible con las cifras del acceso a las labores docentes, campo preferido por las mexicanas pues de cada diez que ingresan al mercado laboral, seis eligen el sector educativo. Las mujeres son claramente mayoritarias en la base del sistema: en preescolar, todas, el 100% son mujeres; mientras que las maestras de primaria rebasan, con un 62%, a los maestros. Conforme se asciende la pirámide en salario, prestigio social y área de influencia, el descenso de la presencia femenina es dramático. En el nivel secundario, tan sólo el 33% son mujeres; y la cifra desciende conforme asciende la jerarquía, ya que en el nivel universitario apuntaba menos de un 12%. Las rectoras se cuentan con los dedos de la mano.

Con todo y 34% de PEA, la ocupación más común de las mujeres en toda la región sigue siendo el trabajo doméstico remunerado, cuando no, el doméstico a secas. Y un 30% de las latinoamericanas, sean colombianas, dominicanas o brasileñas, optarán por la prostitución en algún momento de sus vidas, en algún sitio del planeta, como actividad remunerada – eufemismo culposo - ; en realidad, de subsistencia. A pesar de constituir la mitad de la humanidad y la mitad del universo electoral, o del consumidor - por citar los pseudo valores que parecen mover el mundo globalizado y neoliberal en este tercer milenio -, la vida del género femenino, considerado grupo vulnerable, sigue en peligro por ser mujeres, esto aplicado a países subdesarrollados y desarrollados. Para ubicar la cuestión de las mujeres en sus dimensiones universales, hablemos de Francia, comunidad donde se proclamaron los derechos humanos hace más de dos siglos. En marzo de 2003 se efectuó una marcha emblemática hacia París, con el lema “Ni putas ni sumisas”: protestaban por la violencia intrafamiliar, eufemismo que remite al ataque del sistema patriarcal contra la incesante liberación de las mujeres. La ira de algunos ciudadanos franceses - la de uno solo sería igualmente inaceptable -, se desata en acciones incendiarias y asesinas ante la existencia femenina diversa y autónoma. Así las cosas, ¿por qué perder el tiempo y consumir la vida pensando en el pasado?

---

<sup>3</sup> El acceso femenino a las universidades se abrió durante el Porfiriato, bajo la mentalidad positivista y la idea esencialista de educar a las mujeres para educar a la nación. Matilde Montoya fue la primera en titularse de Médica Cirujana, en 1880. Había iniciado sus estudios en 1870, obtuvo un primer título de partera en 1873. “Ejerció su profesión de partera, llegando a alcanzar enorme prestigio y clientela, a tal punto que en Puebla tuvo que sufrir la oposición de los médicos, quienes la calumniaron y difamaron obligándola a abandonar...”. En 1880 se matriculó de nuevo en la Escuela de Medicina de la Ciudad de México para ser médica cirujana. “Nueva oposición encontró en muchos de los sectores, los cuales la consideraban como una impúdica y peligrosa innovadora” (Tovar, 1996:434)

La teoría política feminista, los estudios de psicología social, la antropología, la teoría de la intervención, incluso las teorías del desarrollo hablan de la importancia del empoderamiento femenino. El empoderamiento surge de una actitud interior, un reconocimiento de los recursos personales, una construcción de un sentido de humanidad a través del conocimiento de lo que se puede hacer, de aquello a lo que se tiene acceso – como los derechos humanos, como el acceso a recursos naturales, a ecotecnias, Vg. - para combatir la vulnerabilidad y la pobreza.) Escribir nuestra historia es sustento para el empoderamiento: poder trazar nuestra genealogía para sustentar la autoestima y sustituir el síntoma de la “orfandad de género” con el reconocimiento de nuestro linaje, nos habilitará para poder negociar los cambios domésticos, comunitarios, nacionales y extrafronteras que se requieren. Y esa historia tiene que ser escrita por mujeres, para cumplir con la anhelada “ ‘subjektivación’, de la mujer, en lugar de su ‘objetivación’; es decir la necesidad de incluir en todo programa de cambio las necesidades de la mujer *expresadas por las mujeres mismas.*” (Benería,1992: 201) Si exponemos los mecanismos que nos han mantenido en el silencio, en el cautiverio, posibilita nuestra autonomía: “Saber las causas históricas del pasado y el porqué de los relatos androcéntricos posibilita abrir la explicación histórica al propio presente e imaginar el futuro como devenir, y no como destino.” (Lagarde, 2000: 126)

Para poder cambiar lo establecido, para eso queremos historia. Como colectivo, precisamos de la fortaleza interior que brinda lo simbólico, lo trascendente. Hemos de curarnos del sentimiento sacrificial y la minusvalía de quien ignora sus orígenes, y por ende desconoce la trayectoria del grupo. Interesa la historia, todas nuestras historias, para alimentar la masa crítica y precipitar las “megatendencias” en favor de una vida digna, de un camino despejado que aliente el goce de nuestro ser humanas, en contra de guerras estériles (Faludi, 1992: 439).

Aun cuando la historia de las mujeres surgiera de un ejercicio nostálgico, y fuera una descripción más o menos aséptica que contabilizara las acciones femeninas en la construcción de las sociedades patriarcales, sería valioso el reconocimiento, útil la descripción. Aquella desconocida mitad de la humanidad pasaría a la luz para ganar en saberes y en poderes públicos. Una historiadora matiza desde Cuba, esta condicional:

... (Si escribir nuestra historia fuera) un vago ejercicio memorístico en que lo acontecido se concibiera cual recuento ecológico irrepetible y superado, bien poco valdría su invocación. Pero si percibimos lo vivido en otros tiempos como la simiente donde se acuña la identidad nacional y cultura de los pueblos, y el caudal de experiencias aleccionadoras y vitales, entonces el reencuentro con la Historia deviene suceso imprescindible y necesario. (Vinat, 1998:2)

En 1997, en Madrid, el colectivo “Católicas por el derecho a decidir, España”, se sumaba al trabajo de las compañeras del Continente Americano que entonces celebraban 25 años de historia por la democratización de las relaciones entre hombres y mujeres en el seno mismo del patriarcado occidental: la Iglesia Católica. En octubre

de ese año, las víctimas españolas ya eran socialmente significativas:

Hoy nuestro país empieza a ser internacionalmente famoso por las cifras de violencia doméstica, maltratos y asesinatos de mujeres: 331 víctimas mortales en los últimos 5 años; 21 mil denuncias de malos tratos el año pasado. Y eso que las denuncias no alcanzan ni el 10% de los casos de maltrato que se producen (Alonso, 2000: 26)

Además de constatar que ciertas reivindicaciones se mueven del Sur al Norte del planeta –a diferencia de la dinámica global neoliberal -, evocar el pasado, escribir la historia forma parte de esa labor comunitaria y cultural, que dota de sentido la vida de los colectivos, que organiza la experiencia personal hacia la social. Si bien es cierto que existe una motivación individual para trazar los orígenes, no lo es menos que existe una urgencia común, social, profundamente transformadora y, digámoslo ya, un acto político, en recuperar y armar de blasones el tránsito existencial. Hay que escribir la historia de las mujeres con el ánimo de explicar los cambios temporales y también con el fin de ocupar el espacio público que nos compete. Historiar es una estrategia de empoderamiento para derrocar pacíficamente a la violencia. Leamos entre líneas el proceso de hermanamiento, la fuerza de saber que no se está sola, en las notas europeas con ocasión de la incorporación española a un movimiento feminista latinoamericano:

¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre para que la tasa de natalidad haya descendido hasta ser una de las más bajas de Europa ¿Qué les ha pasado a las mujeres españolas, en otros tiempos bien cercanos, famosas por su “gusto por el hogar y las familias numerosas”, esa mujer tan tradicional, católica, de buenas costumbres? Sencillamente que en unos años de mínimas libertades y posibilidades, de promoción para las mujeres, de igualdad ante la ley, de posibilidad de votar, de acceder al trabajo, de viajar sin el permiso del marido, de empezar a ser como somos, se ha venido abajo la mitología en torno a nuestra naturaleza y afición por el hogar tan latinos y tan nuestros, ante el desconcierto y malestar de nuestros compañeros masculinos que aunque se sienta con criterios muy liberales, a la hora de las libertades públicas, siguen esperando ser señores de sus propios dominios con la obediencia y la entrega incondicionales, el respeto, dirán, que se les debe en la esfera privada. (Alonso, 2000: 26)

Virginia Woolf a comienzos del siglo XX, insistía en la necesidad de las mujeres de contar con un ingreso económico (las famosas 550 libras) y una habitación propia, para alcanzar un desarrollo individual. Creía que asegurados los mínimos básicos, deambularíamos por el espacio público y comenzaríamos a equilibrar la desproporción entre las bibliotecas de autoría masculina -que incluyen las que los hombres escriben para las mujeres- y el raquíto estante de obras escritas por mujeres. A un siglo de distancia, estamos contrabalanceando los miles de años de silencio femenino. La historia de las mujeres se escribe para tener acceso a la comunidad. Para que en la plaza pública se hable también de lo que nos atañe e interesa, desde el punto de vista que nos atañe e interesa a nosotras, como colectivo que existe frente a la otra forma de

existencia humana, la masculina. No se trata de hablar solamente de lo que acontece a una individuo aislada, o a una etnia o a una edad o profesión. Tampoco de acusar o denunciar con recriminaciones indiscriminadas –la diferencia sirve también para explicar el sometimiento de lo masculino-. Se trata de reconocer la procedencia, los orígenes y el proceso de formación y transformación de esa mitad del género humano, con la certeza de tener derecho a, cuando menos, la mitad del espacio público.

Escribir y divulgar nuestra historia, pues, sigue siendo tarea impostergable ahora, como en los tiempos de Lisistrata, de Flora Tristán o de Josefa Ortiz de Domínguez. Igualmente necesaria que cuando se exterminaba a las indígenas americanas en el siglo XVI, por no “aceptar” las violaciones de los conquistadores, cuando se mataba a las sabias acusadas de brujas en el XVII y XVIII, o a las tachadas de histéricas en el XIX a quienes los médicos misóginos infibulaban para imponer orden en el cuerpo femenino. Y es que la divulgación no obedece solamente a una censura o a una denuncia extemporánea. Hay que hacerlo porque lo que sucede en privado y que afecta a las mujeres, ha de volverse público, ha de salir a la luz a fin de ser reconocido políticamente, en el sentido amplio del término. Lo que antes se confundía con indiscreción femenina –Vulgo: ¿Para qué hablas de eso? Calladita te ves más bonita - es ahora señal de ética colectiva: La teoría política de las mujeres reconoce que los liderazgos femeninos insisten en conciliar lo interno en lo externo, en integrar lo público con lo privado, puesto que “lo personal es político”. Así, los cambios en lo social - lo público - trascienden, certifican, validan, conmueven, apoyan, niegan, los cambios en lo doméstico –lo privado - . No se trata de ámbitos separados, sino de realidades diversas, de esferas de vida, de regiones y espacios por los cuales transitan las existencias de las mujeres. Como se verá, tampoco se trata de olvidar o postergar los quehaceres feministas, sino de actualizarlos, ahora que ese movimiento cuenta ya con una experiencia transformadora.

Historiar se ubica dentro de las propias circunstancias del feminismo. Inicia como decisión liberadora de volver visible lo invisible, que ha fundamentado desde hace un par de décadas la filósofa mexicana Graciela Hierro. La búsqueda del bien y del placer de las mujeres, motor del bien común (Hierro, 1982). La noción de la invisibilidad de las mujeres en la historia, y no la “esencia femenina” explica la ausencia de mujeres en la Historia Universal, escrita con mayúsculas masculinas. Conviene a la búsqueda del bien común, añadir ahora el marco de las diferencias; o sea el reconocimiento de la diversidad de las mujeres como premisa para poder entenderlas más allá de, por ejemplo, las historias de sus países, de sus ventajas y desventajas, de las edades o de las profesiones.

En el proceso actual del llamado feminismo de las diferencias, se encuentran los límites para pensar en las mujeres y su devenir; y en su participación como parte del proceso socializante de las individuos e individuos. Y por lo mismo, todas las mujeres importan –aun las tradicionales, las patriarcales, las que se resguardan tras las cotidianidad, las de las llamadas “masas anónimas” -, aun aquellas que no encuentren sustento en marco teórico de referencia delimitado por la participación activa y

militante en la búsqueda de la emancipación femenina; o sea, en el feminismo entendido en un sentido amplio. Cuando reconocemos, más allá de las reivindicaciones de las izquierdas y de las innegables luchas populares, nuestra “mayoría de edad”, nuestro reclamo a la ciudadanía reconocemos que las mujeres –no importa si ellas se reconocen o no en el discurso de las “emancipadoras”- siempre han podido configurar sus espacios. Y la unión de espacios y de tiempos es tarea de la historia. La configuración de estos espacios tanto como el o los discursos de las emancipadoras, ello es ocupación de la o el historiador de las mujeres.

Reconocer las diferencias –aportación del “neofeminismo”— precipita la lucha por la igualdad de derechos políticos, “que pronto se convertiría en una lucha por la equidad, más que por una igualdad ya que hombres y mujeres no somos iguales sino diferentes, y se requiere de un respeto a la diferencia” (Bartra, 2002: 45). Escribir la historia de las diferencias y también de las solidaridades, nos permite respetar las diferencias: sean feministas o no las mujeres, por su mera existencia, o por su grado de participación política, o por su constancia o ausencia, deben ser tomadas en cuenta.

Además de proporcionar las dimensiones de la solidaridad, el valor de las diferencias nos permite comprender que mientras que en el mundo desarrollado, la actividad de las mujeres cuenta con raíces teóricas enormes, en América Latina, la acción de las mujeres desborda lo teórico para instalarse en acciones reparadoras, paliativas y transformadoras, el llamado “feminismo de activistas, movimiento asistencialista”. Para la historia reciente, están los casos de los colectivos de lesbianas; la lucha por la salud reproductiva, la de los ministerios públicos especializados en delitos sexuales –antes considerados ataques a la moral-; la de mujeres en los movimientos colonos urbanos en México; la de las Madres de la Plaza de Mayo, en Argentina o, el de Católicas..., que emergió en el Norte –la central está en Washington - y encontró réplica primero en el Cono Sur. Una historia de la mujeres de América Latina tomará en cuenta esos procesos y además

...a las mujeres que son actrices de esos movimientos, en el sentido de la reflexión acerca de su papel, tanto en relación al entorno inmediato y su actividad, como respecto a su situación en tanto mujeres dentro de la sociedad, en un sentido de proyección más amplio. Es decir, que se considere la cuestión del discurso, de tal forma que no se cree una teoría fija. Sino que generemos el discurso que nos haga explícitas en cuanto diferentes, con un peso esencial en esa capacidad de crear que nuestra posición nos ha proporcionado (Aguilar, 1993: 170).

No se trata de buscar la igualdad, sino de reivindicar la diferencia, de pavimentar el camino, los caminos, de todas hacia el espacio público. Pero no en sentido jerárquicamente diferenciado, sino en el sentido de una paridad, lo que conlleva una reafirmación del ser y del hacer como mujeres. Hablamos ya de tolerancia, elemento imprescindible para contar con la amplitud necesaria para que el proceso de afirma-

ción, de presencia en el espacio público, se realice en el reconocimiento de la otredad. En esta historia estará presente la cuestión de los comportamientos, las experiencias colectivas e individuales que se definen, según la formación educativa, religiosa, cultural, la historia de cada mujer y la del grupo al cual pertenece, con el que se solidariza y se identifica.

### **Autoestima y gestión de la identidad**

Al finalizar el siglo XX, la opinión pública universal hablaba de que el siglo XXI sería el siglo de las mujeres. En efecto, en los últimos 25 años, las mujeres del mundo entero, trascendiendo lugares de origen, ocupaciones, edades, lenguas, culturas y estados civiles, volvían evidente la enorme transformación social. Revolución silenciosa, pacífica aunque incesante y no exenta de represalias violentas, que demolía cotidianamente, el confinamiento secular de nuestro colectivo. Fecha decisiva para las latinoamericanas fue la celebración, en 1975, del Primer Año Internacional de la Mujer, en la Ciudad de México. Rosario Castellanos, años antes, expresaba en un poema que pueda ser emblemático de esa transformación insólita, el desconcierto que sigue a toda revolución:

Meditación en el umbral

No, no es la solución  
tirarse bajo un tren como Ana de Tolstoi  
ni apurar el arsénico como Madame Bovary  
ni aguardar en los páramos de Ávila la visita  
del Ángel con venablo antes de liarse el manto a la cabeza  
y comenzar a actuar.

Ni concluir las leyes geométricas, contando las vigas de la celda de castigo  
como lo hizo Sor Juana. No es la solución escribir mientras llegan las visitas,  
en la sala de estar de la familia Austen  
ni encerrarse en el ático de alguna residencia de la Nueva Inglaterra y soñar  
con la Biblia de los Dickinson  
debajo de una almohada de soltera.

Debe haber otro modo que no se llame Safo  
ni Mesalina ni María Egipcíaca  
ni Magdalena ni Clemencia Isaura.

Otro modo de ser humano y libre.

Otro modo de ser. (Castellanos, 1971: 65)

Precisamente, la búsqueda de ese “otro modo de ser” fundamenta la tarea de historiar; apuntala la noción de “El relato histórico como discurso de la identidad” (Florescano, 1999: 37). Transportarnos a lo transcurrido, saber las acciones y pensamientos de nuestras antecesoras tendrá como consecuencia la cohesión y el sentido colectivo, ello ampliará, mediante la experiencia compartida, nuestros modos de ser. Mirando los tapices de nuestras abuelas y bisabuelas, iremos tejiendo nuestra solida-



ridad, que se asienta en orígenes comunes, que legitima posesiones territoriales y arraiga el ser y quehacer de las mujeres actuales en antiguas tradiciones. Al recuperar nuestro pasado compartido, reconoceremos el propio proceso, valoraremos nuestras herencias, gestionaremos la identidad de nuestra diversidad para inculcar convicciones que nos hagan amar nuestro ser mujer, desear y reconocer las virtudes en nuestros quehaceres. Con ello, estaremos sanando las profundas heridas causadas por los siglos de dominación patriarcal.

El cambio, la trasgresión, el desafío inherente a la expresión autónoma femenina, quedará inserto, cobrará su sentido liberador, sus dimensiones humanas y universales cuando el conocimiento de antiguas transgresiones, de horizontes ensanchados, nos permita dar una respuesta actualizada a la eterna pregunta, “¿Quién soy?”, y a las interrogantes adyacentes: “¿Quién es mi madre?, ¿De Dónde vengo?, ¿Hacia dónde voy?”. La contemplación de las actividades femeninas mitigará esa sensación de orfandad, ese sentimiento de extrañeza, ante las nuevas mujeres y mi nuevo ser liberada.

Además de conocerme a mí misma, me reconoceré en el género. Con ello facilitaré que más y más mujeres ocupen espacios públicos, se realicen como personas y obtengan estatura ciudadana. Que las instituciones procuren mejorías y bienestar para los espacios femeninos, las estancias infantiles, los hospitales para mujeres, calles seguras, espacios domésticos propicios, condiciones laborales adecuadas a las edades y los cuerpos femeninos. Estaré construyendo mi ser interior y la nación de las mujeres: un espacio donde abunden el gozo y la creatividad, la diversidad y la tolerancia. Mi biografía puede ser el registro de una metamorfosis siempre sorprendente y digna de ser vivida.

Todo ello redundará, por ende, en beneficio de la otra mitad de la especie humana. Sólo existen dos formas de tal especie, la masculina y la femenina. Las estructuras hegemónicas, la dinámica de dominación y sometimiento del sistema patriarcal, ha privado a la especie humana de disfrutar de la complementariedad sugerida por la dualidad de la especie. Tal dualidad ha sido mortificada y confundida como “lo bueno y lo malo”, “lo pasivo y lo activo”, “lo libre y lo esclavo”, por la tradición patriarcal. En América Latina disponemos desde tiempos remotos de una cosmovisión alterna, más generosa y comprensiva de las diferencias. Hablemos ya de la dualidad complementaria, el *Omecihuatl*, el *Ometeotl* y *Ometecuhli*, que nos brindan nuestros pasados y nuestras actualidades indígenas. Una identidad basada en la autoestima reproduce socialmente la libertad, la equidad y la sororidad, valores imprescindibles para la preservación de la vida en el planeta, hoy día.

## **Del feminismo a la perspectiva de género**

Algunos piensan que los movimientos feministas desaparecieron en la década de 1980, por su escasa aceptación. En esa enormemente ambigua región cultural identificada como Occidente, surgieron las críticas ante la diversidad, que no disparidad,

de los feminismos, y se insinuaba la debilidad del movimiento emancipador. En la década de 1990 comenzó a hablarse de estudiosas del “género”, en lugar de “feministas”; y hay quienes se jactan del postfeminismo”. Otras desarrollaron programas de “estudios de la mujer” y ostentaron “género” en los títulos, para asegurar el tránsito por la academia, o la vida política. Los estudios de género no son un salvoconducto para el trabajo feminista que se define, en sentido amplio, como un cambio de concepción del mundo que intenta acabar con la sumisión femenina. La categoría “género”, de origen antropológico, nos permite trascender el freno que imponían los enfoques esencialistas tanto como el relativismo y la atomización del sentido colectivo. Esta categorización intelectual de lo femenino, permite el acceso al pensamiento de un referente construido socialmente, y a la convergencia; que si bien no es universalización, tampoco implica la apología de las particularidades. Se trata de un asunto polémico en ciencias sociales, pero se puede plantear que la pluralidad de experiencias históricas es uno de los factores que dan cohesión al ser mujer en América Latina. De acuerdo con esa pluralidad irá la expectativa de escribir nuestra historia. La respuesta de las mujeres surgió pronta: el feminismo era un proceso transformador, una cuestión social universal, y no tenía –como si fuera un pacto patriarcal- que limitarse a un manifiesto político suscrito ante determinado parlamento (Bulbeck, 1998: 36). En tanto que proceso de liberación de las mujeres, en tanto que reconocimiento de la diversidad de los seres humanos, el feminismo se apoya en la libertad de elección ante la vida y reconoce la multiplicidad de factores en la existencia humana.

Ya en el tercer milenio, las analistas perciben los tres momentos del proceso, a lo largo del siglo. En las primeras décadas del XX, el movimiento, encabezado por las sufragistas, exigía el poder político para las mujeres. Con el acceso al voto, se creía, desaparecería la opresión femenina. Con matices diferenciados, al menos para los pueblos de América Latina, las mujeres ganaron –con luchas diversas y extensas, retrocesos y avances varios, como nuestra geografía- el reconocimiento de su ciudadanía, y con ello, el derecho humano al espacio público, entre 1910 y 1960. Al mediar el siglo, una vez obtenido el voto y ya con participación femenina en el mercado laboral – la plaza pública de Lisistrata y las 500 libras de las que habla la Woolf-; la búsqueda de la emancipación se propuso recuperar la autonomía del cuerpo –la habitación propia -. El movimiento de las contraculturas se concentró en obtener las libertades corporales: favorecer la planificación familiar, reconocer el derecho de las mujeres a una sexualidad propia, a un amplio abanico de vivencias y experiencias materiales, del cuerpo, del espacio que cada una ocupa en el planeta. Por decirlo al modo de las escritoras que historian los retornos de las brujas y las diosas –insertas, pero no diluidas, en la cultura *New Age*, que tanto participa de lo mesoamericano, - la revolución femenina fue del exterior hacia el interior de la mujeres (Steinem, 1992).

Mientras el patriarcado iba obteniendo las respuestas que la emancipación femenina iba forjando –aunque no las reconociera - a la pregunta freudiana tradicional, ¿”Que quiere una mujer”?<sup>4</sup>, se preparaba ya la llamada “Tercera ola del feminismo”. Se trata

<sup>4</sup> Las mujeres, a propósito, lo queremos todo, como seres humanas, íntegras, completas que somos.

del feminismo espiritual, la revuelta de lo simbólico, la gestión de ese “Otro modo de ser”, del libre acceso de las mujeres al mundo interior. Y la ferviente escritura de nuestra historia, el surgimiento de ese afán de asomarse al pasado, que se da en aulas universitarias, igual que en las tertulias familiares o las entrevistas madre—hija, corresponde a esta liberación del espíritu, esta apropiación femenina de poderes espirituales, de las fuentes del amor (Dalton, 1996). De ahí que la empresa que encabeza Sara Beatriz Guardia, desde Perú, mediante una convocatoria hecha simbólicamente en el espacio incorpóreo pero profundamente trascendente de la virtualidad cibernética, y monitoreada por internet, pueda darse ahora. Por esa proyección espacial e incorpórea, metafísica, vale la pena historiar a las católicas, a las judías, a las chamanas y curanderas, es el retorno de las diosas.

Sonó la hora para el tiempo latinoamericano de proporcionar conceptos y metodologías de la escritura de la historia: desarrollar investigaciones interdisciplinarias con perspectiva de género desde las nociones de nuestras identidades. Quede el énfasis en nuestra condición de diferentes, ello nos permite desenvolvernos en un contexto ajeno, lejano, sin tener que negar nuestra identidad. A la vez que se acepta a las otras, a los otros, sus posiciones, y las implicaciones que ello plantea para la interacción social. En ese sentido, la categoría analítica de “género” trasciende las limitantes de la militancia radical y mejora la búsqueda de la emancipación y el acceso a la ciudadanía. Más allá de las consideraciones étnicas que solían agruparse, indiferenciadas, bajo el feminismo blanco o negro que proclamaban las habitantes del mundo desarrollado; o de las psicoanalíticas, psicológicas, de, por ejemplo, el feminismo francés; o de las concentraciones académicas, del, digamos, angloamericano; de las luchas de clase de los feminismos socialistas o de izquierdas; de las preocupaciones culturales y geopolíticas de los orientales, o de la incesante acción social de los latinoamericanos (Dashner, 1975), gracias a la noción de “género”, se tiene acceso desde las varias circunstancias originales, al reconocimiento de lo que nos constituye como mujeres. Noción del entramado de relaciones simbólicas y de supuestos culturales que signa, significa y resignifica el ser y quehacer del cuerpo biológicamente femenino, en la humanidad de las mujeres. Como construcción social, entenderemos lo que favorece nuestras presencias históricas, lo que marca y delimita nuestras capacidades de acción y poderes de adquisición.

Una historia escrita con perspectiva de género, alejada de las mutilantes concepciones del “deber ser femenino”, o de la “esencia femenina”, nos reunirá en torno a nuestras alegrías, nuestras tristezas, nuestros anhelos y motivaciones. Escribir la historia de las mujeres de América Latina desde la perspectiva de esos entramados, de las redes relacionales, desde la construcción de nuestro género, siempre cambiante, siempre en resignificación, se vuelve primordial por que coloca a las mujeres en el centro del significado. A las eternas preguntas, añadiremos ahora la multidimensionalidad del “género”, con el gozo de la conciencia plena, sumaríamos las interrogantes antropológicas: “¿Por qué lo hago? ¿Por qué lo hicieron mis abuelas? Y ¿qué significa esto para mí, para nosotras, ahora?”. Una consideración de esa magnitud sugiere un

cambio en las percepciones para guiar los comportamientos femeninos sin renunciar a la búsqueda de situaciones económicas, políticas, culturales, espiritualmente más favorables. ¿Por qué limitarse, por ejemplo, a escribir la historia de digamos, las mujeres urbanas, y marginar al resto de las mayorías latinoamericanas? Ello marginaría no sólo a mujeres, sino también al resto de los habitantes humanos del planeta, a los hombres. ¿Por qué escribir solamente la historia de las heroínas? ¿Qué hay de las semisantas o vírgenes apócrifas, de las brujas y las papisas?

Las definiciones operativas y las categorías de análisis se entremezclan en las escrituras de la historia, del feminismo y del poder. Por ello, la historia con óptica de género considera lo que hicieron las mujeres, cuándo y dónde y cómo lo hicieron. Y puesto que no estamos solas en el planeta, también puede considerar, aunque sea brevemente, cómo los hombres se vinculan con este quehacer de la vida que es, en realidad una preocupación planetaria:

Gran parte de las energías de mujeres de organizaciones, movimientos e instituciones se destinan, al inicio del siglo XXI, a crear instituciones, establecer normas, valores y leyes para ilegitimar y desautorizar la desigualdad, la inequidad y la violencia contra las mujeres, y al mismo tiempo, crear nuevas pautas de convivencia social para permear la cultura en todas sus manifestaciones con esta ética. Es notable ver, de manera paralela, la acción reparadora de unas mujeres con otras, cuando legitiman, apoyan y tratan de manera solidaria, terapéutica y ciudadana, a otras mujeres, víctimas de la violencia sexual, la guerra, la explotación, el maltrato conyugal y familiar, la discriminación política, la pobreza y la precariedad. Hoy dedicamos gran parte de nuestras energías vitales a nuestro fortalecimiento personal, porque todas estamos dañadas por vivir en un mundo que coloca a las mujeres bajo dominio. Hoy sabemos que estamos en riesgo, y por eso también nos preparamos para evitarlo y eliminarlo (Lagarde, 2000: 27).

En América Latina, y en particular, en México, mi lugar de origen en esta vida, hace tiempo ya que las mujeres se ocupan de proporcionar conceptos y metodologías con el afán de escribir nuestras historias, desde campos interdisciplinarios de rescatar del olvido nuestra genealogía, de reconocer nuestra herencia. Esa expresión de lo histórico se encuentra también a manera de testimonio, biografía, crónica o cuento. En el siglo XIX, tiempo de mis indagaciones, este discurso de lo femenino transitó desde la identidad romántica de reinas del hogar a escritoras profesionales. El recuento de nuestra vida en el espacio público surgió, al parecer, como una de las gracias de “El Bello Sexo”, como se identifica a nuestro colectivo en las páginas de la prensa. Pasó al XX, y se siguió hablando de “La cuestión de la mujer”, primero, para luego nombrarse como “Cuestión de las mujeres”. Con ello se eludía toda militancia, toda mención del feminismo que se ocupaba, ante todo de conseguir el voto para el “sector gracioso, el femenil”. Junto a esos discursos, se produjeron acercamientos masculinos a la historia de las mujeres en textos como el de Alcides Arguedas, “Madres de Pueblos Enfermos”, o el de Octavio Paz, “La mujer, ese otro enigma”. Discursos que, por

omniscientes, no distinguen la variedad, y se escribe la historia de la raza de bronce donde se confundía a la mujer con la madre, una madre a la cual poder culpar de todo el desorden que causa un padre ausente.

Conforme transcurría la primera mitad del XX, y luego cada vez más rápido después del I año Internacional de la Mujer, (México, 1975), fecha de reunión del feminismo latinoamericano, se produjeron declaraciones existenciales, como *Si me permiten hablar*, de Domitila Chungara, a la que luego seguiría el relato histórico, biográfico, de *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. La tarea de recuperar el pasado se ha visto reforzada con la conciencia de recuperación del sentido de nuestra vida, en discursos históricos con visiones antropológicas como el clásico de Marcela Lagarde, *Cautiverio de las mujeres: madre - esposas, beatas, locas y putas*. Se ha transitado de los anales de méritos como *Mujeres notables mexicanas*, escrita por Laureana Wright de Kleinhans y publicada póstumamente en 1910, a ficciones escenificadas en la década de 1970, como la de Rosario Castellanos, en *El eterno femenino*. Manual de identidad, en esta obra de teatro desfilan personajes de la historia patria, ante una novia virginal que se acicala para la boda, acompañada de su madre y otras mujeres. Apunta ya la confusión de una joven moderna ante las raquíticas posibilidades de realización personal: sus modelos culturales son las personajes que han sobresalido según la historia de los héroes mexicanos. Mientras que la Historia desde 1830 asegura que fue por el amor patrio lo que impulsó a Doña Josefa Ortiz de Domínguez, la heroína de la independencia; Castellanos revela a una mujer inteligente que se aburría mortalmente en el virreinato. Una generación más tarde, proceso de liberación, Teresa Dey proclama que Doña Josefa en realidad estaba muy enamorada de la libertad que ganarían las mujeres con la Independencia – y de uno de los capitanes insurgentes- y por ello abraza el pensamiento liberal y se convierte en transgresora.

Alejada de reivindicaciones de género, Josefina Muriel en la década de 1980 investigó vidas femeninas en archivos de conventos, en el de Indias, en el de notarías, en el General de la Nación, para escribir un manual, *Cultura Femenina Novohispana*, un clásico de cerca de mil páginas, para quien acepte la idea masculina de que la vida de las mujeres durante la Colonia transcurría en los conventos. Ahora contamos con los escritos de Sara Sefchovich, quien desempolva también a los cronistas virreinales, novelas y otros textos de la prensa decimonónica y del XX, para elaborar *La suerte de la consorte*, donde publica, de acuerdo al cintillo del medio millar de páginas, “La historia de un olvido y el relato de un fracaso, (de) las esposas de los gobernantes de México”.

En este trabajo de historiar, como entre las mujeres, campean las diferencias. Un intento desde el género en el tercer milenio, incorporará también las discusiones desde la heterosexualidad, los discursos y quehaceres de las lesbianas. Se trata de superar el reduccionismo sexista, aunque sin negarlo. La homosexualidad femenina ha desempeñado un papel, al igual que el quehacer masculino. Favorecer la reflexión individual y grupal en torno a las nuevas identidades personales, nacionales y sociales,

las regionales – latinoamericanas - las globales –iberoamericanas- disminuirá la polarización entre el mantenimiento de la diferencia sexual, como aseguraba Lauretis, en 1990, y la integración en la totalidad social, como indicaba Weedon, en 1987. Con ello se ofrece una plataforma teórico—práctica desde la cual se pueda promover la gestión de identidades saludables.

Se trata de una invitación a resignificar, desde el género y el quehacer académico la vida de las mujeres, a reelaborar el recuento de la pluralidad de lo femenino latinoamericano. Este esfuerzo intercontinental es algo más que ser solidarias, es construir solidaridades. Ante las cavilaciones acerca de la utilidad de rescatar del olvido ese pasado, ante preguntas cómo: “¿Habrán lectores actuales que se interesen en ella? ¿Vale la pena darla a la luz nuevamente? ”, proporciono la respuesta que hallé :

Es lícito entonces recurrir a otras fuentes, a otros testimonios. Y si no son contemporáneos, mejor. Porque en el pasado se hunden y alimentan nuestras raíces. Porque muchos de nuestros actos, muchas de nuestras costumbres sólo se explican cuando recordamos. (Castellanos,1995: 157).

Esta práctica será garante de madurez femenina, merced a la conjunción de lo feminista con los estudios de género. Caleidoscopio para la observación y experimentación, registro y comprensión de las relaciones simbólicas –y reales, virtuales, de contacto y de roce, de enfrentamiento y de inmersión etcétera - entre las dos formas de vida más asombrosas en el planeta: los hombres y las mujeres. Una gran aventura.

## **Bibliografía**

AGUILAR Padilla, Ruth - Violeta Hernández Bautista, “Discurso y subjetividad: la polémica sobre la categoría mujer”. En: Lilia Granillo Vázquez y Magdalena Trujano (comp.), *Ventana al feminismo, Cinco años de investigaciones de género en la UAM*. México: Universidad Nacional Autónoma Metropolitana—Azcapotzalco, 1993.

ALCOFF, Linda. «Feminismo cultural versus pos-estructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista». *Revista Feminaria*, Buenos Aires, 1989.

ALONSO, Paloma. “Derecho a decidir de las mujeres católicas españolas”. En: *Conciencia Latinoamericana, Revista de Católicas por el Derecho a Decidir*. Argentina, 2000.

BARTRA, Eli. “Tres décadas de neofeminismo en México”. En: *Feminismo de México, ayer y hoy*. México: UAM, 2003.

BENERÍA, Lourdes y Martha Roldán. *Las encrucijadas de clase y género, Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la Ciudad de México*. México: Colegio de México// Fondo de Cultura Económica, 1992.

BULBECK, Chilla. *Re-orienting Western Feminisms, Women's Diversity in a Postcolonial World*. UK: Cambridge University Press, 1998.

CASTELLANOS, Rosario. *Mujer que sabe latín...*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. (1ª edición 1973)

\_\_\_\_\_. *Meditación en el umbral*, poemario. México: Fondo de Cultura Económica, 1971.

CORTÉS Manresa, Lorena. *Región, género, globalización*. Revista del Seminario de Historia Mexicana, Lagos de Moreno, México: Universidad de Guadalajara, otoño de 2002.

DALTON Palomo, Margarita. *Mujeres, diosas y musas*. México: El Colegio de México, 1996.

DASHNER, Heather. *Feminismo a ritmo de cumbia, corrido, tango, cueca, samba...* México: Folleto Bandera Socialista 104, 1988.

DE BARBIERI, Teresita. “Algo más que las mujeres adultas. Algunos puntos para la discusión sobre la categoría género desde la sociología”. En: González Marín, María Luisa (Coord.), *Metodología para los estudios de género*. México: UNAM, 1996.

DE LAURETIS, Teresa. «La Esencia del triángulo o tomarse en serio el riesgo del esencialismo: teoría feminista en Italia, los Estados Unidos y Gran Bretaña». Debate Feminista, México, 1990.

DOMECQ, Brianda. *La insólita historia de la Santa de Cabora*. México: Ed. Ariadne, 1998.

EDITORIAL, “Igualdad y diferencia”. Géneros 17. Revista de la Asociación colimense de Universitarias y el Centro Universitario de Estudios de Género de la Universidad de Colima, México: febrero de 1999.

FLORESCANO, Enrique. “El relato histórico como discurso de identidad”. En: *Para qué enseñar y estudiar la historia*. México: Instituto de estudios educativos y sindicales de América, 2000.

GONZÁLEZ López, Aralia. “El ensayo feminista, territorio dialógico”. En: *El ensayo iberoamericano, perspectivas*. México: UNAM, 1995.

GRANILLO Vázquez, Lilia. *Identidades y nacionalismos, una perspectiva interdisciplinaria*. México: Gernika, 1996.

\_\_\_\_\_. *Visión de las vencidas o qué pasó con las princesas*. México: Documentación y Estudios de Mujeres, 1996.

HERRERA Feria, María de Lourdes. “Construcción axiológica del paternalismo. “Padre” y “Patrón” en la organización sindical de los obreros textiles de Atlixco”. Enlaces, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades. México: Universidad Autónoma de Puebla, otoño—invierno de 2000.

HIERRO, Graciela. *Ética y feminismo*. México: UNAM, 1985.

JIMÉNEZ, Maritza. *Memoria: encuentro de mujeres de pueblos originarios, el*

*camino no termina al final de la mirada*. Bolivia: Fundación San Gabriel// CEPAS// UNICEF//; 1993.

KABEER, Naila, et al., *Realidades trastocadas, las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo*. México: Paidós—UNAM—PUEG, 1998.

LAGARDE y de los Ríos, Marcela. *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*. Madrid: Editorial Horas y Horas de la Librería Mujeres, 2000.

MARTÍNEZ Fernández, Alicia Inés. “México”. En: Teresa Valdés Echenique y E. Gomaríz Moraga (Coord.) *Mujeres Latinoamericanas en cifras (1992-1995)*, Santiago de Chile: Instituto de la Mujer, España, //, UNICEF// UNIFEM// FLACSO//, 1995.

OLALDE, Guadalupe. *Con un padre me basta*. México: Ed. Ariadne, 1996.

RAMOS Escandón, Carmen. “La nueva historia, el feminismo y la mujer. En: *Género e Historia*. México: Instituto de Estudios Históricos Mora, 1992.

SERRET, Estela. “Identidad de género e identidad nacional en México”. En: Raúl Béjar y Héctor Rosales (Coord.) *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural*. México: Siglo XXI //CIICH—UNAM, 1999.

SITUAM (Sindicato de trabajadores de la Universidad Autónoma Metropolitana). *Violencia hacia la mujer, México, textos de la Red contra la Violencia hacia las Mujeres*. México: Coordinadora Benita Galena, 1989.

STEINEMEN, Gloria. *La revolución interior, un libro sobre la autoestima*. Barcelona: Anagrama, 1992.

TOVAR Ramírez, Aurora. *Mil Quinientas Mujeres en nuestra conciencia colectiva*. México: Documentación y estudios de mujeres, 1996.

VINAT DE LA MATA, Raquel y Pérsida Chibás Ponce. “Por las heroínas invisibles, defendamos nuestra Historia”. Ponencia leída en el Congreso Internacional de Solidaridad entre Mujeres: por la Igualdad, la Paz y el Desarrollo, La Habana, Cuba: 13—16 de abril de 1998.